

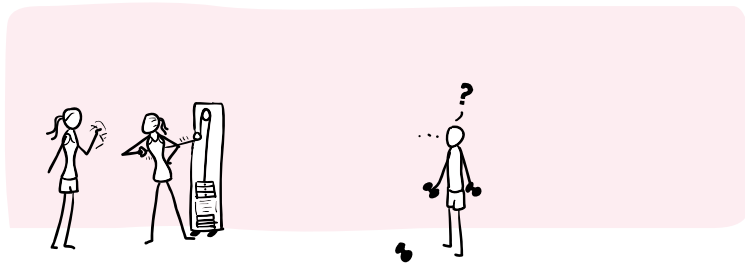
El arte de la comunicación

Langenstein, Bernhard, *Desiderata*, Tredition, Hamburgo 2017, 61-62.

Hace algún tiempo, en un gimnasio, hice una observación fascinante: a cierta distancia de mí, dos mujeres jóvenes estaban entrenando y su comportamiento me llamó la atención. Sentí que tenían una fuerte conexión, aunque cada una trabajaba en máquinas diferentes. ¿Dos lesbianas?

Sentí curiosidad. Quería saber por qué su conexión irradiaba tanta fuerza, así que elegí una máquina cerca de ellas. Fue entonces cuando lo vi: las dos jóvenes eran mudas, quizás incluso sordomudas. Tenían que mirarse los labios o tocarse para poder comunicarse. Me fascinaron especialmente sus gestos suaves, como toques de mariposa. Estaba hipnotizado. Las dos mujeres claramente disfrutaban profundamente lo que hacían, y se señalaban mutuamente cosas en la habitación que les parecían interesantes.

Por un momento irreal, me sentí transportado a su cosmos de comunicación silenciosa y tierna, como si fuera un miembro designado de su tranquilo mundo paralelo, antes de volver a aparecer entre los aparatos de gimnasia que hacían ruido. ¿Por qué la comunicación del silencio irradiaba tanta paz?



IMPULSO

Lean juntos esta pequeña observación del gimnasio. Y preguntense: ¿Por qué se entendían tan bien esas dos mujeres?